CAPÍTULO XLV.

La persecucion.

Mientras nuestros amigos del bosque se entregaban al sueño tranquilamente, el general de las tropas Pontificias llegaba á Viterbo con todas las fuerzas que habia podido reunir, y una vez allí convocó á los oficiales para celebrar consejo. Entre estos últimos hallábase uno que tenia la frente cubierta con un vendage, y este era el mismo á quien Silvio dió un puñetazo cuando se le quiso obligar á que llevara el equipage. El pobre hombre, que sin duda deseaba vengar la afrenta, escitó al general á que diera la órden de marcha para atacar desde luego á los brigantes, pero el jefe opinó que seria mejor esperar hasta el amanecer, pues no estaba seguro de poder reunir á todos sus soldados en aquel momento, atendido que los mas de ellos se habian embriagado y no se hallaban dispuestos á empuñar las armas.

Conformes los oficiales con el parecer del general, aprobóse la medida, y al amanecer se tocó llamada, pero los soldados se presentaron poco á poco, y hubo tantas dilaciones, que era muy en-

trado ya el dia cuando el ejército se puso en marcha, y aun entonces nó faltó otro entorpecimiento, pues el general se hallaba á merced de los guias, los cuales le condujeron de muy mala gana á través del bosque.

Entretanto, Horacio y sus amigos, que conocian muy bien el terreno, se habian puesto en movimiento al rayar la aurora, de modo que cuando salió el sol estaban ya en la cima de una montaña, desde donde podian reconocer todo el país, y por lo tanto observaron al momento que las tropas avanzaban en su persecucion.

Horacio, á quien nadie pensaba en disputar el mando, dispuso que cien hombres á las órdenes de Muzio marchasen como avanzada para hostigar al enemigo cuando éste pasara por el camino, y con el resto de sus fuerzas formó una columna que se situó en una eminencia, con órden de atacar á la primera señal. Tomadas estas medidas, el jefe mandó llamar al capitan Tortiglio, y le preguntó quienes eran los oficiales de las tropas que avanzaban.

—El que manda la vanguardia, replicó el capitan, es el mayor Pompone, un oficial valeroso, pero algo fanfarron.

—Si no me engaño, interrumpió Silvio, que vigilaba atentamente los movimientos del enemigo con su telescopio, ese Pompone es el mismo que me queria obligar á llevarle el equipaje, pues veo que lleva la frente vendada.

—¿Y quién es ese que viene á caballo, y que al parecer está encargado del grueso de las tropas? volvió á preguntar Horacio.

—Prestadme vuestro telescopio, repuso Tortiglio, y trataré de satisfacer la pregunta.

El capitan observó durante algunos minutos, y de pronto oyósele esclamar:

—¡Pardiez! es el mismo comandante en jefe del ejército Pontificio, y ahora mismo vereis aparecer á su estado mayor.

—¿Y cómo se llama ese jefe?

—Es el conde de la Roche Haricot, uno de esos franceses legitimistas, representantes del antiguo feudalismo,

Mientras tenia lugar este diálogo, las tropas seguian avanzando, y Horacio, como esperto capitan, no las perdió un momento de vista, pero sin esperimentar temor alguno, pues no puede calificarse de tal la inquietud que siente un jefe al verse en presencia de un enemigo mucho mas numeroso, al cual es preciso combatir.

Uno de los inconvenientes de toda guerrilla, que es el que mas preocupa á los que la componen es la necesidad de abandonar á los heridos en caso de retirada, ó dejarles al cuidado de los atemorizados habitantes, quienes temiendo comprometerse, no los atienden la mayor parte de las veces. Al reflexionar esto y al ver que las fuerzas enemigas eran muy superiores, Horacio creyó lo mas prudente emprender la retirada, y con la actividad que le distinguia, reunió sus cincuenta hombres, comunicó la órden de hacer lo mismo á su compañero Attilio y fué á buscar á Muzio, que ya estaba preparado para recibir al enemigo, á fin de notificarle su resolucion.

Despues de hablar algunas palabras con el jefe de su vanguardia, Horacio subió á una eminencia, acompañado de dos ayudantes, á fin de observar mejor los movimientos de su adversario.

El general Haricot, que era hombre de valor, seguia avanzando sin detenerse, con su vanguardia formada en escalon, y se le veia en el centro de la línea, dando sus órdenes para comenzar el ataque.

Envalentonado con la superioridad numérica de sus tropas, el jefe dispuso que se cargase inmediatamente, pero Horacio, aunque decidido á emprender la retirada, habia resuelto dar antes

una leccion á su contrario para que no le persiguiera con tanta precipitacion.

Gracias á que el terreno era muy accidentado y á la espesura del bosque, Muzio pudo tomar una ventajosa posicion, y entonces mandó á su gente no hacer fuego hasta que el enemigo estuviera muy cerca, á fin de que no se desperdiciara ningun tiro.

Los valerosos compañeros del jóven cumplieron tan al pié de la letra lo que se les habia encargado, que á la primera descarga se cubrió el suelo de muertos y heridos, y en el mismo momento, aprovechando la confusion que se habia introducido entre las tropas mercenarias, los italianos comenzaron á retirarse en buen órden.

Cuando Cortés desembarcó en Méjico quemó sus naves; cuando los *Mil* de Marsala saltaron á tierra en Sicilia, abandonaron tambien sus buques al enemigo, á fin de que nadie pensara en volver atrás, y merced á estas enérgicas medidas alcanzaron un brillante triunfo las dos espediciones, pero con los patriotas italianos no ha sucedido lo mismo, pues la proximidad de la frontera, ha inducido á muchos á desertar de sus filas, desistiendo de llevar á cabo empresas que ofrecian grandes probabilidades de éxito.

Esto fué precisamente lo que sucedió con los *Trescientos*: despues de haber llevado á cabo tantas aventuras, Horacio se retiró sin sufrir pérdida alguna, pero como se veia en la precision de acercarse á la frontera, y aun cuando su banda se componia de hombres valerosos, fueron retirándose todos poco á poco, de tal modo que los jefes se encontraron casi solos apesar de las observaciones que hicieron á sus compañeros, manifestándoles que su país estaba aun esclavizado y que era preciso luchar por la libertad.

Los ocho ó nueve hombres que ya conocemos, y que siempre se habian distinguido por su valor, entre los cuales se contaban Gaspar y Jacobo, se dirigieron por el camino de Toscana, hácia Leghorn, donde esperaban encontrar el buque de Julia y adquirir noticias de Manlio y Aurelia. Aquí abandonaremos por ahora á nuestros amigos para no hablar de ellos por algun tiempo, pero luego los veremos figurar en otras interesantes aventuras.

CAPITULO XLVI.

El peregrinaje.

Poco despues de la época en que ocurrieron los sucesos de que acabo de dar cuenta, hallábame yo en el continente, á donde habia sido llamado por mis amigos para prestar un nuevo servicio á mi país, á ese hermoso país de Italia á cuya defensa he consagrado mi existencia. Habíame propuesto emprender un peregrinaje saliendo del territorio de Venecia, y mi objeto era, no solo influir en las elecciones, sino sembrar los gérmenes del espíritu de emancipacion, sin la cual no podrá Italia recobrar su perdida grandeza y sacudir el yugo de ese clero tiránico que la oprime. Mientras impere éste, la fraternidad humana es imposible, pues los Papistas condenan á las llamas á todo aquel que no quiere creer en la supremacia del que ocupa la silla de San Pedro, así como los Dervises, ó sacerdotes turcos, condenan á los cristianos á muerte, resultando de aquí que no se puede pasear por las calles de Constantinopla ó Alepo con la seguridad de no ser víctima de uno de esos fanáticos. En una palabra, diremos que los sacerdotes

son poco mas ó menos lo mismo en todo el mundo, y es un hecho reconocido que casi todos los conflictos ó guerras son debidas á la influencia de esa gente.

Un ejemplo de ello es la guerra de Crimea, que costó la vida á 150.000 hombres, sin contar los inmensos tesoros invertidos durante la lucha. La disputa comenzó por el asunto relativo al Santo Sepulcro, cuando se trataba de decidir si gobernaria allí un sacerdote Papista ó uno Griego, y sometida la cuestion á los Emperadores de Francia y Rusia, el resultado fué la guerra, habiendo tomado parte en ella Inglaterra é Italia.

La primera de estas dos últimas potencias se halla muy apurada en el dia con la cuestion de Irlanda, debiendose esto tan solo á la influencia del clero, y de temer es tambien una revolucion en los Estados Unidos, donde en una poblacion de treinta y tres millones de habitantes, casi la mitad de ellos son católicos romanos, contándose muchos irlandeses que bajo la influencia de sus obispos, dividen al país y están siempre conspirando para alcanzar la supremacia política.

En Venecia juraron casi todos los ciudadanos seguirme hasta la muerte, pero al dia siguiente tuve el disgusto de verlos en esas tiendas donde se venden indulgencias en nombre de Dios, y donde la idolatría, disfrazada con los atributos de la cristiandad, se ocupa en erigir inútiles imájenes. Tales son los venecianos, y de creer es que seguirán siendo lo mismo mientras se hallen dominados por la supersticion y el yugo clerical.

Respecto al derecho de representacion, en nada exajero al asegurar que la mayor parte del pueblo italiano está excluida de la franquicia electiva, pues en un país de mas de veinte y cinco millones de habitantes, solo pueden considerarse como electores unos cuatro millones quinientos mil. Cada uno de estos debe tener lo menos 25 años de edad y saber leer y escribir, pero basta que

pueda firmar, debiendo satisfacer ademas como contribuyente, cuarenta francos al año, mínimum de la cuota, sin contar el impuesto que se paga al municipio. Los miembros de las diversas sociedades, los empleados militares y civiles, activos y pasivos, los maestros de escuela, los notarios, los licenciados, los cirujanos, los agentes de cambio, y en fin, todos aquellos que tienen tienda abierta, están autorizados para votar, pero la influencia que ejerce el gobierno en las elecciones por medio del síndico de cada poblacion, á quien puede reemplazar cuando lo juzga oportuno, es verdaderamente ilimitada.

Cuando llega la época de las elecciones, el gobierno exije á dichos funcionarios, bajo la pena de ser separados de sus destinos, que trabajen en favor de tal ó cual candidato, y de esto tuve yo una prueba en el año 1867, durante el cual se pusieron á disposicion de los síndicos varios millones de francos con dicho objeto, apesar del lamentable estado de la hacienda.

Todos los funcionarios del gobierno, incluso los agentes de policía, trabajan en favor del candidato ministerial: los maestros de escuela, los empleados y aun los trabajadores, perderian su destino si emitiesen un voto contrario; hasta se han llegado á espedir públicamente circulares para que el pueblo no favoreciese al candidato de la oposicion, y se han permitido otras muchas ilegalidades que seria muy largo enumerar.

Teniendo presente todo esto, dirigí mi voz á las municipalidades, diciéndoles entre otras cosas: «Dejad que las nuevas Cámaras reconozcan la necesidad de reorganizar la administracion, y si el gobierno trata de pervertirlas, valiéndose de sus mañas, oponeos con todas vuestras fuerzas á que se cometan nuevos abusos.

No es mi ánimo que el lector me siga paso á paso por todas las poblaciones que recorrí, y por lo tanto debo limitarme á decir que en todas partes me recibió el pueblo con entusiasmo, pues me

reconocia como su amigo y protector, y estaba conforme con mi doctrina, que era no someterme al dominio extranjero, combatiendo á la vez la influencia clerical y la de aquellos hombres que con su inícuo gobierno han envilecido á Italia.

Como era de esperar, los prelados en masa me atacaron encarnizadamente, acusandome de ser un ateo, y el haberme hecho este cargo tan injusto, me indujo á pronunciar el siguiente discurso ante veinte mil habitantes reunidos en Pádua:

«Inútil es que mis enemigos me tachen de ateo; yo creo en Dios y profeso la religion de Cristo, pero nunca reconoceré la de los Papas, ni admito tampoco intermediario alguno entre el Todopoderoso y los hombres, mucho menos desde que observo que los prelados hacen un tráfico de la religion. Yo los considero como los verdaderos enemigos de ella, de la libertad y del progreso; en mi concepto, son la causa primordial de nuestra esclavitud y degradacion, y la prueba es, que para subyugar á los italianos, se han rebajado hasta el punto de solicitar la intervencion de los estranjeros. A estos últimos hemos conseguido espulsarlos ya, mas ahora es preciso deshacernos de esa gente de sotana entre la cual no hay mas que traidores. Debemos demostrar al pueblo que no basta que el país sea libre, sino que es necesario se reconozcan sus derechos; esto es lo principal; aprended vuestros deberes para con vuestras familias y vuestro país, y todas las naciones os respetarán.»

Al llegar á Pádua, y hallándome frente á la estátua de Galileo, me descubrí para dirigir tambien mi voz al pueblo en estos términos: «Aquel de entre vosotros que al recordar lo que fué ese génio, y los tormentos que sufrió durante su vida, no profese el mas profundo desprecio á los prelados de Roma, no es digno de que se le considere como hombre ni como italiano.»

Como siempre me habia interesado por la prosperidad del co-

mercio, al llegar á Vicenza, dirigí el siguiente discurso á los representantes de aquel:

«El porvenir de Italia depende en gran parte de vosotros, y ahora que es de esperar el término de la guerra con el estranjero, y que debeis llegar á ser independientes, podreis labrar la felicidad de vuestro país. Todo cuanto es necesario para la humanidad se encuentra en Italia, y pocos serán los artículos que no podamos fabricar nosotros. Cierto es que nuestro pueblo ha dado en la manía de preferir los géneros estranjeros, y hasta los vinos de otros paises, pero hacedles ver que todo lo que tenemos es cuando menos tan bueno, y vereis como se pierde esa costumbre y llega un tiempo en que las naciones estranjeras buscarán nuestros productos con tanto afan como ahora buscamos los suyos. Todo esto es posible, pero tened presente que no llegareis á conseguirlo hasta haber desterrado á los que ejercen sobre vosotros la mas odiosa de las tiranías.»

Al referir los detalles de mi viaje se despiertan todos mis recuerdos, y no puedo menos de pensar en aquella época en que la ciudad de Roma, que acababa de libertarse, quedó encadenada nuevamente por el despotismo europeo, sin duda porque se temia que estableciéramos un gobierno libre é independiente. ¡Ah! los ejércitos de una gran república arrebataron todas mis esperanzas; Napoleon, el secreto enemigo de toda libertad, dirigió sus armas contra los romanos despues de haber cometido el crímen de lesa nacion, engañando al crédulo pueblo, al que fusiló en las calles de Paris sin tener en consideracion ni la edad ni el sexo. Dia llegará en que el asesino del 2 de Diciembre tendrá que dar cuenta ante el tribunal de Dios de un acto tan infame.